


Nuestros mayores

Entre el sufrimiento
y la esperanza

Victoria
Cardona

Luciérnaga



Victoria Cardona

NUESTROS MAYORES

ENTRE EL SUFRIMIENTO
Y LA ESPERANZA



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Victoria Cardona, 2020

© de la fotografía de cubierta: Shutterstock

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: octubre de 2020

© Edicions 62, S.A., 2020

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-18015-38-0

Depósito legal: B. 14.990-2020

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Índice

<i>Presentación</i> , por Jaume Aurell	9
<i>Introducción</i> . Y respiramos más tranquilos	15

PRIMERA PARTE. SUFRIMIENTO

1. Confinados: protegernos para proteger	25
2. Aislados: soledad	41
3. El duelo	57

SEGUNDA PARTE. APRENDIZAJE

4. Adaptarse a los cambios	77
5. Iniciativas solidarias	93
6. Vida de familia	109

TERCERA PARTE. ESPERANZA

7. El enriquecimiento interior	125
8. El encuentro con los demás	143
9. Un mundo nuevo	159
<i>Epílogo</i> . El legado de los abuelos	177

1

Confinados: protegernos para proteger

Miedo. Aliento contenido. Sudor frío. El terrible cielo bajo ahoga el amanecer. (No hay por dónde escapar.) Silencio... El amor se para. Tiembla la culpa. El remordimiento cierra los ojos. Más silencio...

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ,
Platero y yo

Al recibir la noticia del virus implacable que irrumpía en nuestras vidas, vivimos este *miedo, aliento contenido, ahogo y sudor frío* en nuestro cuerpo al empezar el día, tal como nos cuenta el gran poeta en el capítulo «Tormenta» de *Platero y yo*.

La pandemia de la COVID-19, originada en la ciudad china de Wuhan en diciembre de 2019, llegaba sin miramientos a todos los hogares del mundo haciendo estragos y provocando sufrimiento a toda la humanidad.

Según la Universidad Johns Hopkins (la primera dedicada a la investigación en Estados Unidos), el 12 de junio de 2020 teníamos más de 7,5 millones de personas en el mundo contagiadas por COVID-19, en tanto que más de 3,5 millo-

nes se recuperaron y 421.000 habían perdido la vida a causa del virus.

Con la experiencia del primer país infectado, en España se decretó el estado de alarma el 14 de marzo de 2020 —lo comentamos en la «Introducción»— y nos aconsejaron confinarnos en casa. Protegernos para proteger, nos dijeron. Era una forma de evitar más contagios. Fuimos responsables y solidarios, salimos de casa solo para comprar alimentos, luchábamos contra una pandemia de la que se sabía poco. Seguimos los consejos que nos dieron: nuestras manos se agrietaron con tanto lavado frecuente de agua y jabón, mientras nuestro corazón se iba rompiendo al saber de personas amigas contagiadas y ver a otras en los medios de comunicación que estaban aisladas, y a otras muchas de ellas fallecidas en hospitales de todo el mundo.

Fue tiempo de sufrimiento y de tanto dolor para muchos que lo debo plasmar en la primera parte de este libro; así, en los siguientes capítulos podré centrarme más en el aprendizaje o en el resurgir de valores como la solidaridad y en la gran virtud de la esperanza. Tal como lo viví, lo contaré en primera persona. Así puedo expresarlo con total sinceridad, aunque sé que todos somos distintos y tenemos circunstancias diferentes, pero es una vivencia.

ENCERRADOS

Y seguí confinada, aunque con mucha angustia y tristeza, pensando en los que sí tenían problemas y rezando por ellos. Los que estaban aislados en hospitales sin comunicación con los suyos sí que lo pasaban mal. Estar confinado en casa —que

no era estar aislado— era un privilegio, quería decir que no estabas contagiado. Físicamente estabas bien. Sí que eran inquietantes, al estar encerrados en casa, las noticias que recibíamos de los medios de comunicación al asegurarnos, por ejemplo, que se daría preferencia a personas jóvenes en los hospitales por la gran afluencia de contagiados, con imágenes nunca vistas de enfermos en salas de espera de urgencias, en sillas o tumbados por el suelo: «No hay por dónde escapar. Silencio», escribía Juan Ramón Jiménez.

Otra preocupación que tuve fue la de pensar que uno de mis hijos, que vive con nosotros, no se contagiara, ya que con su trabajo en una farmacia estaba más expuesto al público. Tampoco puedo dejar de explicaros que vi que todo iba muy en serio al inicio del confinamiento, cuando los demás hijos y nuestros nietos empezaron a llamarnos muy a menudo preguntando cómo estábamos y también mandaban mensajes con un lacónico pero expresivo: «Cuidaos».

Sinceramente, me parecía exagerado el *cuidaos*, tampoco sabíamos al empezar el «encierro» de las graves consecuencias que tendría el coronavirus en los mayores. Sí que debo agradecer las llamadas de teléfono de amigos y vecinos ofreciéndose para la compra o para prestar cualquier ayuda. Una no se ve tan mayor cuando la edad cronológica no coincide con la edad mental y queda sorprendida de tantas atenciones. Todos nos volcamos, unos con otros, en nuestra finca, guardando las distancias y cumpliendo las normas impuestas para evitar contagios.

Me dolía saber de tantas personas sin techo o de muchas familias que vivían en habitaciones o en pisos de no más de treinta metros cuadrados en zonas periféricas de las ciudades de todo el mundo. Y otro sector de la población que me preo-

cupaba eran los niños pequeños, los escolares tenían en sus rutinas la atención de los profesores, pero no podían salir a pasear. Debido a que no transmitían el virus se permitían los paseos con perros, tal como comenté en la introducción del libro. Quien tiene humor aprovechó para hacer chistes sobre alquilar perros, mientras a mí me causó mucha pena pensar en tantos niños que no podían salir a la calle.

También pensaba en tantas personas confinadas en zonas urbanas periféricas del mundo, en emigrantes sin techo o en habitantes de barrios como el Raval de Barcelona, porque lo conozco. Colaboro desde hace unos años en la ONG Braval de Barcelona. He dado algunas charlas para padres sobre educación familiar y estoy en la junta con mucho interés. Braval es una entidad declarada de utilidad pública que, a través del voluntariado, ofrece apoyo socioeducativo a los jóvenes desde el año 1998. Sus objetivos son promover la cohesión social, luchar contra la marginación, prevenir la exclusión social de los jóvenes y facilitar la incorporación de los inmigrantes a nuestra sociedad.

Para ello, muchos voluntarios dedican su tiempo a ayudar a los jóvenes en sus estudios y facilitar su integración a través del deporte. ¡Me da mucho gozo ver en la sede de la asociación la habitación destinada al lavado y secado de la ropa de los niños y adolescentes que asisten a las actividades!

Para hacernos una idea de las condiciones de confinamiento de los habitantes del Raval os dejo estos datos: tenemos 17.200 domicilios en el barrio, 1.750 tienen menos de treinta metros cuadrados y hay 1.680 pisos en los que viven más de seis personas. Y otro dato: hay 1.750 mayores de sesenta y cinco años que viven solos. ¡Nos duele!

Cualquiera de nosotros que tenga un piso, aunque sea sin

terraza, como el mío, no tenía ni tiene ninguna excusa para quejarse. Su pensamiento se acercaba a la forma de hacer algún voluntariado desde casa o colaborar en algún banco de alimentos o en escribir cartas para los enfermos. Se encontraban a disposición de cualquiera, enlaces en portales de internet con un montón de posibilidades. Lo más importante era apoyar y, gracias a la red, teníamos un abanico de posibilidades para hacerlo. Pensamos más en los demás y esto ya era una esperanzadora señal, porque salirse de uno mismo siempre es bueno.

APLAUSOS

En nuestra finca, nos conformamos abriendo las ventanas y asomándonos a las 20:00 horas para aplaudir con entusiasmo. Nació un nuevo vínculo de comunidad entre vecinos que nos consolaba fuertemente.

María es de Perú, es amiga mía y añora a los suyos, porque ya hace unos años tuvo de dejarlos para trabajar en Barcelona. Escribió este pensamiento para sus padres y amigos, tan lejos en la distancia y tan cerca de su corazón:

Llega el momento esperado durante el día, las 20:00 horas, la «hora de los aplausos», hora de la catarsis de soltar un poco de lo que estamos conteniendo, esos sentimientos encontrados que nos llenan el cuerpo de incertidumbre, miedo, angustia, impotencia, pero también en cada aplauso que damos con fuerza expresamos esa sensación de profundo agradecimiento y aliento para todos aquellos que siguen al frente de la batalla y al mismo tiempo nos embarga la tristeza por los que ya no están y por sus familias, que tendrán estos mismos sentimientos sumados al dolor de la pérdida.

Veo al otro lado de la calle a otras familias que salen con sus hijos, algunos también con sus mascotas, otros solos; no sé sus nombres ni los conocía, a pesar de lo cercano de nuestras viviendas y actividades diarias, pero que hoy podrían convertirse por esa humana necesidad de afecto en los familiares y amigos que se encuentran lejanos por esta crisis sanitaria o simplemente por la distancia geográfica y que nos brindarían lo necesario para fortalecernos y seguir adelante en esta difícil y desconocida situación.

Sé que hoy no faltarán a la cita tácitamente concertada, porque compartimos los mismos sentimientos y el mismo anhelo de saludarnos con las manos, de enviarnos abrazos y hasta besos con un cariño desconocido hasta ahora, pero pleno de esperanza y solidaridad con el recíproco deseo: «¡Que estés bien!».

Este deseo de «estar bien» lo empezamos a vivir con nuestros desconocidos vecinos a la hora de los aplausos. Yo recuerdo que, hasta el 25 de abril que empezó la fase 1 de desescalada y a parar la rutina de aplausos, nos alegrábamos de vernos siempre con el vecindario a las ocho de la tarde. Una noche, yo no salí porque estaba ensimismada escribiendo y se me pasó la hora. Al día siguiente, cuando me asomé a aplaudir, todos me sonrieron con mucha alegría y lo agradecí. Soy mayor y pensaron que había enfermado. Todos estábamos muy asustados.

En el confinamiento tuvimos añoranza y nostalgia de los momentos pasados junto con nuestros hijos y nietos, pero resistimos. La canción del Dúo Dinámico *Resistiré*, que se cantaba en alguna ventana o en los balcones de la ciudad, también animaba nuestra fortaleza, aunque debo confesar que para mí la resistencia era fácil: al convivir con

mi esposo y con mi hijo, podía exteriorizar mis sentimientos, mi desconcierto o mi dolor, hablando con ellos. Y ellos a la vez podían hacerlo conmigo.

Cuando somos positivos no solo vemos la taza medio llena en lugar de verla medio vacía. Ya es un lujo tener una taza. Muchos apreciamos un elemento nuevo en el confinamiento, la idea de vecindad y de comunidad que se vive en los pueblos. Hoy nos sonreímos por el barrio cuando nos encontramos. Algún día podremos darnos un abrazo y el distanciamiento impuesto puede transformarse en cercanía con ese cálido abrazo.

NOS CREÍMOS OMNIPOTENTES

Alguna vez había dicho en plan sentencioso: «Cuando necesitemos a nuestros hijos, siempre los tendremos». Se lo decía a algunas amigas que se quejaban de lo poco que las visitaban sus hijos y nietos. Y hoy debo rectificar, me equivoqué porque no los tendremos presencialmente siempre. Se cerraron los accesos a la calle, los trenes y aeropuertos, y nuestros hijos y nietos no pudieron visitarnos en mucho tiempo y yo tenía dolor de corazón porque los necesitaba y ellos también estaban confinados en otros territorios y en el extranjero. Nos adaptamos a la fuerza. No lo controlamos todo. ¡Ha quedado claro!

Permitidme esta confianza y un propósito: se acabaron las sentencias. Desde la COVID-19 no podré hablar con tanta seguridad, seré más prudente. He aprendido a no ser tan sabelotodo, porque no sé nada y los más sabios tampoco sabían tanto. Se ha terminado el creerse omnipotente. Un

virus que parecía insignificante nos ha recordado que somos limitados.

Nos lo decía Juan Ramón Jiménez: «Tiembla la culpa. El remordimiento cierra los ojos». Y me he acordado de la visita del pontífice Juan Pablo al campo de concentración de Auschwitz. Cuando el Papa entró en aquel lugar de espanto, donde habían muerto muchos de sus amigos y compañeros de la infancia, no hizo ningún sermón, ni ninguna amonestación. Empezó a rezar la oración del «yo, pecador», pidiendo perdón a Dios por sus propios pecados.

El padre Raniero Cantalamessa, predicador de la Casa Pontificia y fraile capuchino, fue el encargado de pronunciar la homilía en el oficio de Viernes Santo, en el Vaticano.¹

Fue una ceremonia acorde con el tiempo durísimo que estábamos pasando, con una cruz de la época medieval que daba devoción por la tristeza de ver a un Cristo doliente como todos nosotros. Era la cruz de la iglesia de San Marcello que el papa Francisco había pedido para las ceremonias litúrgicas de Semana Santa y que se venera desde 1568 en el oratorio del Crucifijo. Del incendio del 22 de mayo de 1519 se salvó un crucifijo tallado en madera del siglo XIV. El hecho de que no fuera destruido por las llamas fue considerado milagroso. En 1522, Roma sufrió una epidemia de peste y el crucifijo fue sacado en procesión por la ciudad durante dieciséis días, desde el 4 hasta el 20 de agosto, cuando la enfermedad cesó.

El predicador destacó que «no somos omnipotentes» con estas palabras:

1. Podemos leer la homilía completa, si lo deseamos, en este enlace: <<https://www.vaticannews.va/es/papa/news/2020-04/homilia-completa-raniero-cantalamessa-pasion-del-senor.html>>.

¿Cuál es la luz que todo esto arroja sobre la situación dramática que está viviendo la humanidad? También aquí, más que a las causas, debemos mirar a los efectos. No solo los negativos, cuyo triste parte escuchamos cada día, sino también los positivos, que solo una observación más atenta nos ayuda a captar.

La pandemia del coronavirus nos ha despertado bruscamente del peligro mayor que siempre han corrido los individuos y la humanidad: el del delirio de omnipotencia. Ha bastado el más pequeño e informe elemento de la naturaleza, un virus, para recordarnos que somos mortales y que ni la potencia militar ni la tecnología bastan para salvarnos.

Destinemos los ilimitados recursos empleados para las armas para los fines cuya necesidad y urgencia vemos en estas situaciones: la salud, la higiene, la alimentación, la lucha contra la pobreza, el cuidado de lo creado y la educación. Dejemos a la generación que venga un mundo más pobre de cosas y de dinero, si es necesario, pero más rico en humanidad.

«Más silencio» para sabernos poca cosa. Más silencio para reflexionar sobre el dinero que se destina a armamentos. Creíamos tenerlo todo controlado desde el punto de vista médico, porque habíamos conseguido unas prácticas médicas ya muy consolidadas. Podíamos otorgarnos el placer de decidir sobre la vida de los demás. Todo conviene que sea perfecto. Nos habíamos creído demasiado sabios y habíamos atentado contra las leyes de la naturaleza.

Creíamos ser expertos en salud. Tenerlo todo organizado para rendir nuestro tiempo. Deporte, nutrición, psicología. Nuestro cuerpo necesitaba tantos cuidados que íbamos en coche al gimnasio a hacer ejercicio y caminar en una cinta para volver a casa con el coche, cuando lo más práctico y

económico hubiera sido ir a caminar por el parque cercano. ¡Pensemos!

EL CARIÑO DE LOS NIETOS

Volviendo a este cariño con el «cuidaos» repetido de mis nietos y después de una conversación que tuve con mi nieta mayor, que es fisioterapeuta en Londres, recibí un escrito. Le había comentado que estaba escribiendo este libro y le pedí que me contara su experiencia al no poder visitarnos. Es un testimonio ideal para saber lo que nos quieren nuestros nietos. A medida que han crecido, he descubierto que el amor de ellos es fuerte como una roca y que el vínculo afectivo creado con ellos no se puede romper nunca. Os dejo la experiencia de Vicky, mi querida nieta:

Desde que me mudé a Londres hace un año, siempre he tenido una cosa clara, por encima de todas: quería aprovechar cada oportunidad de viajar para compartir momentos con mis abuelos. En un año, he viajado un total de cinco o seis veces a Barcelona, el triple de veces que a mi ciudad natal, Zaragoza, donde tengo a mis amigos y al resto de mi familia. Esto ha abaratado mucho mis vacaciones, ya que en Barcelona siempre tengo techo gratis y los vuelos son más baratos que a Indonesia. Pero la principal razón de mis frecuentes visitas es que soy muy consciente de que el tiempo con mis abuelos es finito.

Y así, he llegado a subirme en un avión el martes por la noche para sorprender a mi abuelo Antonio por su cumpleaños volviendo a Londres el jueves a las seis de la mañana y llegar al trabajo al mediodía. Y así, elegí celebrar la Nochevieja con

ellos, aunque eso supusiera renunciar a salir de fiesta con mis amigos. Y así, he pasado un fin de semana de febrero jugando interminables partidas de Scrabble con mi abuela Victoria. En mi calendario de 2020 estaban anotadas las próximas fechas de viaje: mayo y agosto. Hoy, a 4 de abril, quiero pensar que será posible ir a visitarlos al final de verano. Y que podremos pasear por la playa y dejar atrás estos momentos de duda e incertidumbre.

No creo que hubiera nadie que estuviera preparado psicológicamente para el contexto que nos ha tocado vivir. Es muy fácil dejarse llevar por el miedo y los pensamientos negativos, porque la situación es ciertamente devastadora. Personalmente, mi mayor temor es perder a mis abuelos sin tiempo y oportunidad de despedirme. No quiero ni pensar por lo que están pasando las familias que están viendo marchar a sus seres queridos sin poder acudir al hospital para decir adiós. Pero por otro lado, me siento afortunada de todo lo compartido con ellos, y tranquila de saber que ellos son conscientes de cuánto los aprecio. Creo que precisamente tenemos la oportunidad de tomar aire y valorar lo que de verdad es importante. Es tiempo de relativizar y de volver a lo esencial: el amor por los que queremos.

Complacida y agradecida, leí el texto que recibí de Vicky. Así como el zapatero se fija en los zapatos de los que se encuentra en su camino, yo estuve satisfecha de su manera de redactar, deformación profesional... ¡No corregí nada!

Por contraste con lo que mi esposo y yo recibíamos de mis nietos, pensé en algunos ancianos reclusos en residencias por sus hijos y que no reciben sus visitas o en aquel otro anciano que confiaba a su visitador de la Cruz Roja: «Vivo solo

desde que enviudé, me atiende una asistenta de lunes a viernes, y los fines y de semana me las apaño como puedo. Mis hijos tuvieron muy buena educación y con esa misma educación y mejores palabras me hacen saber que sobro en sus vidas. Lo entiendo, ¿qué les va a aportar un viejo como yo?».

Un anciano que no podía estar optimista en tiempo de coronavirus, un anciano que todavía podía aportar mucho y sentía en sus carnes la tristeza y el abandono de los suyos. ¡Cuántos hijos van a pensárselo mucho antes de dejar a sus padres en residencias después de todo lo sucedido en tiempo de la COVID-19! ¡Cuántos no podrán tenerlos en su casa, pero irán más a menudo a visitarlos!

Supé a los pocos días de empezar el confinamiento que dos amigos de mis hijos habían ido a recoger a sus padres a la residencia que habían elegido para ellos. Los abuelos se lo pasaron muy bien, y sus nietos los cuidaban y animaban. Se rejuvenecieron y ya decidieron quedarse juntas las tres generaciones.

Me acordé de la generosidad de Bessie. En *La habitación de Marvin*, película basada en la novela de Scott McPherson, dirigida por Jerry Zaaks en 1996, Diane Keaton interpreta magistralmente el papel de Bessie, una mujer que tiene que ocuparse de una tía medio enloquecida y de su padre, con una lesión cerebral. En un plano de la película, Bessie le dice a su hermana: «Oh, Lee, he tenido tanta suerte, he tenido tanta suerte de tener al padre y a la tía Ruth. He tenido tanto amor en mi vida. Ahora miro atrás y veo que he tenido tanto amor». Lee le responde: «Ellos te quieren mucho». Y Bessie concluye: «No, no quiero decir eso. Me refiero al amor que yo he sentido por ellos. He tenido tanta suerte de haber tenido tanto amor por alguien».

Cuidar de nuestros padres ancianos hace engrandecer la capacidad de amar y en ello reside el gran tesoro. Me alegró la decisión de mis amigos al ir a buscar a sus padres en las residencias, porque si el abuelo, si el anciano —que es portador de todo un bagaje de sabiduría— queda arrinconado y nadie le escucha, ¿cuántas posibilidades de mejorar perderán los más jóvenes? Y me entristeció pensar en el anciano que había perdido su autoestima porque sus hijos no lo visitaban y se preguntaba: «¿Qué les va a aportar un viejo como yo?».

¡Qué pena dejar a un padre arrinconado porque en mi vida no hay hueco para el que me la dio!

No me importa confesaros que alguna vez a mis nietos les cuento mis *batallitas*. Son muy buenos y se sonríen, porque se las saben todas. Las de mi esposo son emocionantes, porque él recuerda la Guerra Civil y son batallas de verdad.

Yo les cuento que pertenecemos a una vieja escuela. Somos la colección de abuelas que han hecho de todo: de gerentes de la economía doméstica, cocineras, cuidadoras sin pañales de un solo uso, o de chóferes, entre otras tareas, para recoger a los pequeños a la salida de los colegios o para acompañar a los abuelos al médico. Hemos realizado cursos de organización del hogar para ser más productivas, contado los pasos para no perder ni un segundo... ¡Todo calculado! Así, hemos sido gestoras de recursos humanos y también psicólogas con el consultorio abierto —sobre todo, los días festivos— para escuchar a toda la familia. Y todo esto sin secadoras de ropa, ni congeladores de tres estrellas, ni ordenadores para hacer la lista del supermercado, enviarla por internet y recibir los productos necesarios para el buen funcionamiento de la casa, ni correo electrónico ni grupos de

WhatsApp para avisar de la reunión del colegio de nuestros hijos a un amplio grupo de padres... ¡Suerte que a veces hacíamos la «cadena» por teléfono!

Somos abuelas que han tenido todo el tiempo del mundo para acompañar en la enfermedad y ayudar a morir a los padres y familiares, con un buen médico de cabecera, sin curas paliativas, ni —por descontado— tratamientos artificiales extraordinarios para alargar la vida; se moría en paz cuando se dejaba de respirar y la mayoría de las veces en la cama de la propia casa. Mantener la mano fuertemente entrelazada y pronunciar palabras de afecto y breves oraciones en el oído del enfermo eran herramientas que teníamos para aligerar los dolores. Todas sabíamos que el oído es lo último que se pierde. Y yo concretamente he podido estar al lado de mis padres al expirar: por eso me duele tanto que hoy tantos padres, madres y abuelos mueran solos.

Yo nací cuando empezó la Guerra Civil en España. Era pequeña para recordar el ruido de la guerra, no sé si las sirenas para refugiarnos en el entresuelo de la finca de pisos me lo han contado o se me ha quedado en la memoria. Lo que sí sé es que a la hora de las comidas me gusta todo y no dejo ni un trozo de pan para la basura. Acostumbrados a las libretas de racionamiento con un pan moreno que se comía muy a gusto porque no teníamos otro, las variaciones de pan que encontramos hoy son un lujo. Y pensar en los panecillos que tiran nuestros escolares en las papeleras de los colegios me produce mucho dolor.

Muchos de los que me estáis leyendo ahora os identificáis con lo que explico y también habláis así a vuestros nietos. Seguro que al menos les dejamos el legado de no tirar ningún alimento, de pensar en ser solidarios con los que no

tienen un bocado para llevarse a la boca y de dar gracias a Dios por tener su pan cada día.

Y mis dos amigos que se llevaron a casa antes de empezar el confinamiento a los abuelos están muy contentos con su decisión. Los nietos podrán también decir como mi querida nieta Vicky:

Me siento afortunada de todo lo compartido con ellos, y tranquila de saber que ellos son conscientes de cuánto los aprecio. Creo que precisamente tenemos la oportunidad de tomar aire y valorar lo que de verdad es importante. Es tiempo de relativizar y de volver a lo esencial: el amor por los que queremos.